

860  
C.

Df 302  
G 58  
V.1

ES PROPIEDAD DEL AUTOR.



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

88028

78218

## CAPÍTULO I.

---

Los señores de Solís vivían gozosos en el castillo de la Higuera, cabeza de feraces territorios, allegados por sus progenitores á fuerza de combates y de victorias, que las crónicas recogieran con cuidado en sus sencillos capítulos y los poetas cantaran con arte y armonía en sus cadenciosos romances. Fosos anchos y ceñudas torres á su defensa y resguardo servían; salones decorados por mudejares artífices á su aposento; siervos fáciles de congregarse por el pendón y la caldera señoriales á su defensa; huertas y jardines inacabables á su recreo; y correrías de varia fortuna pero de verdadera magnitud, á su engrandecimiento y á su gloria. Eran los señores aquellos representantes de la conquista cristiana en la incomparable Andalucía; y sus propias preeminencias les obligaban con privilegios, cebo de su soberbia y de su valor, al combate continuo, tan vistoso y regocijante, dados los

tiempos aquellos de guerra, como los desafíos, los torneos, y demás fiestas militares de las usadas, antes que por pedir las el tiempo y la necesidad, por entender el deseo cómo sin ellas no era la vida posible, ni fácil aquel imperio incontrastable, de antiguo ejercido por las añejas costumbres.

La paz volvía después de la guerra en sociedad tan batalladora, como viene después del invierno la primavera en el año, es decir, á modo de una estación alternativa y regular, engendrada por el tiempo y su movimiento continuo, que todo lo cambia y lo transforma. Desde los reyes primeros castellanos, que superaron las empinadas crestas de Sierra Morena y cayeron, como una tormenta sobre las llanuras andaluzas convertidas en edenes de los árabes, podía el menos previsor anunciar el desquite y la reconquista, como legado de unas generaciones á otras generaciones, por la natural solidaridad y perpetuidad irremediables en la dura vida de los pueblos. En cuanto, al comienzo de la centuria decimotercia, los cristianos alcanzaron la victoria inmortal de las Navas, pudo asegurarse que serían suyas Córdoba, Jaen, Sevilla, y lo fueron á fines del mismo siglo; exaltado es el recuerdo patrio con tales conquistas y con sus compañeras y complemento, Jaen, Murcia, Mallorca y Valencia. Si la debilidad irremediable del principio monárquico, muy quebrantado por la prematura revolución que para fortalecerlo intentara fuera de sazón el Rey Sabio, lo consintiera, no pasara tan

ilustre siglo sin coronar el cobro de las dos sultanas del Guadalquivir con el cobro de la sultana del Darro. Pero los elementos aristocráticos y su pugna con los elementos municipales entrecogían al general verdadero de la cruzada constante, al monarca, en los remolinos de dos corrientes contrarias y lo paralizaban para el común esfuerzo y para mayores empresas. Sin embargo, ese mismo siglo decimotercio había visto al fantaseador de la incomparable Alhambra confundirse con los cortesanos de la victoria cristiana para respirar á su placer en Granada; y el siglo siguiente había visto más, llegar bajo las enseñas del oncenno Alonso á las puertas de Africa la nación castellana por virtud y merced de la gloriosa victoria del Salado.

No importaba. Puede asegurarse que aquí acabó, en el Salado, la carrera tomada con soberano empuje por Castilla desde su triunfo gloriosísimo en las Navas. D. Pedro el Cruel no se curó sino de combatir con la nobleza capitaneada por sus hermanos los infantes de Trastámara, ensangrentando, más que fortaleciendo, el principio monárquico, en su durísimo reinado de verdadero terror. Muerto en los campos de Montiel, murió de la misma puñalada que le penetró en el corazón, aquella causa del predominio monárquico, enterrada en la política, impuesta por la usurpación y por el fratricidio, á D. Enrique, política de complacencias con la nobleza y de mercedes á su peculio y á sus privilegios. Así, desde mediados del siglo décimo-

cuarto, á fines del siglo décimoquinto, solo dos guerras se mantuvieron por los cristianos con Granada, guerras, que más bien pueden llamarse, relampagueantes correrías sin resultado alguno, como esas noches eléctricas de estío, en que las chispas culebrean por los horizontes, y no retumba el estampido de un trueno, ni cae una gota de agua. Fué la primera de tales inútiles y lujosas correrías la emprendida por D. Alvaro de Luna, cuando privaba con D. Juan II, terminada con el combate y triunfo de la Higuera; fué la segunda la emprendida por D. Enrique IV, limitada en término último á un simulacro, donde apareció el rey de Castilla como un pobre comediante, haciendo de cetro y espada miserables arreos en la representación de una farsa.

Por fin llegaron los Reyes Católicos al que podía llamarse, desde aquel entonces, verdadero trono de nuestra España, por asentarse ya en la unidad indispensable del suelo nacional. D. Fernando parecía traer aquella política un tanto doble, por sus predecesores allegada en Italia, que no excluía de ningún modo el heroísmo; y Doña Isabel aquella inquieta y gloriosísima índole de los grandes reconquistadores castellanos, que no excluía la prudencia en ellos. Con los Reyes Católicos, debía dilatarse la gente española, después de haber puesto en las torres Bermejas la cristiana cruz y en las altísimas Alpujarras el castellano blasón, por las tierras bañadas del Tirreno en Italia y por las tierras

bañadas en Occidente del misterioso inexplorado Atlántico. Así el propósito firme de la reconquista uniría entonces con su empuje soberano los dos cetros, que reunidos, iban á ser como el eje, sobre cuya línea giraba nuestra patria. Los pobres y humildes montañeses confinados por las vencedoras tribus del desierto en los picachos de las cordilleras pirenaicas, después de haber probado suerte tan varia en Clavijo y Calatañazor, en Toledo y Alarcos, acercábanse al deseado logro de seculares anhelos bajo las enseñas de Doña Isabel y de Don Fernando.

En 1478, concluidas las dificultades varias de estos reyes con Portugal, por la victoria de Toro, al espirar la tregua que los granadinos habían pactado con el rey de Castilla D. Enrique IV, y decidirse la guerra de nuevo, por la resolución deliberada en los Reyes Católicos de reconquistar el hermoso reino, de su corona separado, comienza esta nuestra leyenda. El castillo de la Higuera cercano á Martos, por Jaen, ardía en regocijo, porque aguardaba el arribo de la vistosa y pujante embajada, desde las riberas del Guadalquivir á las riberas del Darro expedida por los Reyes Católicos, y personificada en D. Juan de Vera, comendador de Santiago, quien había escogido tan grande habitación, palacio y fortaleza, para pernoctar en su viaje desde Sevilla á Granada. Veíanse por do quier las gentes labriegas adornadas con sus trajes de fiesta, dando vivas repetidos que atronaban los aires, á la puerta del

castillo; y bajo la torre del Homenaje los guardias con sus relucientes armas realzadas por el resplandor arrebolado del vespertino crepúsculo; entre las almenas los pajes y las damas señoriales con sus brocados y preseas; mientras, camino adelante, venían los caballeros de Santiago, jinetes en sus caballos cubiertos de hierro; con el manto de su orden sobre las espaldas, que dejaba entrever las damasquinadas armaduras; los cascos por plumajes varios rematados á la cabeza; los signos de su altísima dignidad en la mano; resplandecientes todos ellos de riquezas materiales, como cumplía en aquel acto á tan excelsos señores; y rebosantes de satisfacción moral por los agasajos de sus huéspedes apercibidos á recibirles, cuya grande alegría se manifestaba por salvas y campaneos, difundiendo á largas distancias los ecos alegres de la fiesta. Y cuenta la tradición que allí el embajador Vera prometió por su honor á una dama pronunciar en voz alta, entre grandes loores, el nombre de la Virgen Madre María, bajo los artesonados maravillosos de la musulmana y oriental Alhambra.

Los cristianos, puestos por decisiones de la voluntad ó por mandatos de la suerte, allá en las fronteras árabes, como la familia Solís, gozaban de grande crédito y autoridad entre sus compatriotas, á causa de su guerrear continuo y de su continuo padecer, en territorios azotados por un eterno combate. Así el trigo, que sembraban, veíase á las talas expuesto en cuanto resplandecían las maduras es-

pigas con áureas reverberaciones; las parras á los álamos ceñidas, y las pomposas higueras, no podían cargarse de frutos sin caer las manos expoliadoras del husmeador enemigo, dado á imponer, en alardes y encuentros sempiternos un morodeo devastador incesante; no estaba seguro el borrego en su redil ni el buey en su establo, aun después de haber pastado entre vigilantes y centinelas, por el rondar perdurable de aquellos lobos carniceros; con solo mirar á las torres y adarbes y ladroneras de los castillos veíanse las cicatrices en sus superficies abiertas por la guerra; pues, así como tenían los enemigos halcones y buitres aparejados y apercibidos para devastar los palomares y los gallineros del contrario, tenían fronterizos armados para sostener la perdurable guerra. De aquí los cargos conocidos con el nombre de adelantados, y tan dignos y honrosos para los valientes, sus mantenedores, como dignificados y honradísimos por los reyes y por los pueblos. De aquí los adalides, ó sean, las sendas vanguardias de los combates eternos mantenidos por los pueblos contrarios en orígenes y en creencias. De aquí los honores dispensados, los territorios concedidos, las riquezas dispendiadas entre quienes mantenían, vigilantes centinelas, guerreros incansables, á la puerta de cada nación, el empuje de las conquistas, en guisa del escollo gigante, combatido á la continua por los férvidos oleajes, y que ofrece á la industria humana bases donde oponer sus contrafuertes y sus muelles á los

furores del mar. No debe, pues, maravillarnos la copia de títulos y la copia de riquezas vinculadas en el rico mayorazgo de los señores de Solís. Y bien lo merecían desde los cuidados por los árboles crecidos entre tormentas indecibles hasta la vigilancia por las almenas ahumadas de pólvora y heridas de balas; bien lo merecían desde la indispensable atención al siervo, amenazado de pasar del terruño al calabozo, hasta la defensa de aquellas ricas hembras amenazadas de pasar desde los salones á los serrallos. Todo mostraba, en aquel recinto la guerra, todo, las murallas adustas, los torreones soberbios, las patrullas diligentes de día y noche, los trabajadores con sus mosquetes al lado de sus azadas, los caballeros armados hasta los dientes, el cuerpo de guardia siempre apercebido, el vigilante incrustado en la entrada del puente levadizo, los centinelas á los piés y á las cimas del torreón donde se prestaban los homenajes, las bocas de fuego abiertas entre las almenas, los cuervos al husmeo de la matanza reunidos, el convento bajo cuyas bóvedas les monjes oraban por la paz ó por la victoria, las recatadas rejas y celosías tras las cuales vegetaban las ricas-hembras nacidas y criadas allí para extender la bienandanza producida por unos sonrosados labios de mujer entre las nubes de humo y los vapores de sangre.

Cómo debía contrastar con todo el curso y carácter de aquella vida la hora y coyuntura de santa y universal alegría, por acercarse Vera con su co-

mitiva de gran embajador á pernoctar en aquel asilo, para levantarse al siguiente día temprano é irse hacia Granada, en observancia fiel á las órdenes é instrucciones recibidas. En los lindes, adonde alcanzaban las posesiones señoriales de los Solís, por el Mediodía, veíanse los mozos más apuestos de la familia que aguardaban, y se unían, caballeros en brutos andaluces, al pomposo cortejo. A la puerta del castillo estaba Solís, de todo lujo, con todas sus insignias, como noble que debe recibir la persona del rey. En cuanto desmontaron de sus cabalgaduras y recibieron el abrazo de hospedaje los recién llegados, invítóles el señor de la fortaleza feudal á pasar al convento contiguo, encerrado dentro de los mismos muros del almenado palacio, para que dieran gracias á Dios, en el sacro templo, por la felicidad hasta entonces del comenzado viaje, y le demandaran auxilio para continuarlo y concluirlo en gloria de la Monarquía y de la Iglesia. Efectivamente, bajo los arcos góticos, de cuyos florones pendían arañas y lámparas cuajadas de luces, destacábase la Virgen Madre, sobre su peana compuesta por áureas alas de ángeles; entre ramos de flores bien olientes realzadas por el fulgor de los cirios; ceñidas las sienes de aureolas recamadas por pedrería, de tal transparencia en sus facetas, que la luz en chispas de colores, quebraban; cargados los hombros con manto azul, de áureas estrellas sembrado, como las que ya comenzaban á lucir por los cielos; calzada de la luna; y bende-

cida por los acordes místicos de un órgano, acompañando la salve; por las voces de todos entonadas con tal fervor, que parecía oírse allí mismo el concierto de los bienaventurados, al desprenderse un alma justa de un cuerpo sin mancha para volar y perderse por las cerúleas esferas del Empíreo. El embajador se postró de hinojos ante las aras con la humildad y la humillación de un muerto que pide asilo á la tierra, y después de haber orado, se levantó, como rejuvenecido por el soplo de una resurrección, y centelleante de vívida esperanza. En aquella edad cíclica de combates, cuando cada caballero llevaba la guerra eterna como un deber interior sobre su alma y conciencia, veíase la muerte tan cerca, y se pasaba de este al otro mundo con tanta facilidad en los súbitos y continuos encuentros, que la vida tomaba tintes religiosos como los prestados por natural indeclinable ley á los espíritus, cuando sondean los insondables abismos del sepulcro. Vera juró, á fuer de caballero español, delante de la Virgen Madre, consumir en aquel viaje de honor y de peligro, alguna de las muchas hazañas propias de su tiempo y de su temperamento, en loor y en homenaje á la Virgen Madre.

## CAPÍTULO II.

Concluída la ceremonia, pasaron todos á los salones interiores del castillo.

—Mi buen primo.

Dijo Solís á Vera, volviendo de nuevo á estrecharle con trasportes de amistad entre sus brazos.

—Más dijeras hermano.

Exclamó Vera en correspondencia fiel á tantas pruebas de cariñoso afecto.

—No podías distinguirme con mayor honra que la de tu presencia, primero por quien representas, después por quien eres.

—Nuestros reyes me mandan á Granada.

—Dios los bendiga.

Exclamaron los presentes en coro al oír pronunciar tal nombre.

—El ambicioso y altivo Hacem, desde que reina por nuestro mal allí, se ha olvidado del pago de los tributos y hay que recordárselo,—dijo Vera.

—Ya lo creo. Tengo tal demanda por menester de justicia para nuestra seguridad,—añadió Solís.

—¡Ah!—exclamó Vera.

—Prevees una guerra próxima.

—Ya lo creo.

—Nosotros, como vivimos en su fuego, no echamos de ver alteración ninguna, cuando tales empeños se aproximan; mas bien nos creemos seguros que inseguros en tal zozobroso estado,—observó Solís.

—Aquí no pasa día sin algún encuentro por cualquiera de los cuatro puntos del aire,—dijo Vera.

—Ni noche sin algún desvelo; pues, cuando no tenemos provocación, tenemos emboscada,—dijo Solís.

—Sí, estos árabes se parecen á los leones en audaces, y á los zorros en precavidos, mi buen Solís.

—Habíamos dejado crecer mucho la mala hierba, mucho, amigo Vera.

—Si exceptuamos la toma de Antequera, y el triunfo de la Higuera ¿qué acción loable habíamos dejado nuestros antecesores en los últimos cien años?—preguntó con amargura el embajador.

—Es verdad. Empleamos en guerras civiles cuantas fuerzas debimos emplear en guerras santas,—observó Solís.

—Pero nuestros reyes, libres de las grandes dificultades que les traía el desasosiego, engendrado por la diferencia con Portugal, se darán ahora, en alma y cuerpo, al empeño de lanzar allende el Es-

trecho á los infieles, que manchan su tierra y asombran su corona.

—Ya era tiempo, en verdad. El reinado último hizo creer á los infieles que tenían seguro y perdurable dominio sobre la tierra española; como si el valor aquí se hubiera extinguido y los Pelayos y los Cides no intercedieran por nosotros con Dios allá en los cielos.

—Pero decaímos de nuestra pujanza en los tiempos últimos. ¿Cuántas desgracias no hemos visto? Tratamos á un Venegas, y hasta por embajador lo recibimos, cuando mozo engendrado por santa mujer y rico-hombre de Córdoba, criado en el temor á Dios, é hijo de la Iglesia, trocara su religión por la pagana y agarena, so pretexto de haber entrado á los ocho años en cautiverio, como si no llevara el bautismo en la frente con la doctrina en el alma. Y para mayor ignominia, se unió á princesa descendiente de los Abderramanes, como si la gloria y grandeza de tamaño linaje no recordaran sangre cristiana vertida en los campos de batalla y agravios hechos á nuestra fe y á nuestra patria.

—Justo. Y todo el mundo sabe, amigo Vera, cómo fué circunciso esposo de una terrible agarena, y habitador de palacios elevados por cautivos españoles, que al trabajo forzaran los chasquidos de las fustas y en el trabajo los mantuviera la pesadumbre de sus cadenas. Y de aquellos sitios regados por sangre de los nuestros hizo un caballero español y cristiano por todos sus cuatro costados

nada menos que un edén como los pintados en el Korán, y de su princesa nada menos que una hurí como las prometidas por Mahoma.

—Pero junto á estos funestísimos ejemplos, dijo Solís—hánse dado muchos otros de verdadera virtud, que ahora mismo recuerdo. La cristiandad toda guardará con agradecimiento la memoria de aquel adelantado de Rivera que á sangre y fuego entró por las florestas de Alora, cumpliendo mandatos sacratísimos. El sol rebotaba en las peñas, que parecían cubiertas por láminas de bronce, como á fuego doradas. El aire matinal y puro, extraía de las plantas balsámicas esencias que convidaban á todos los placeres de la vida. Uníanse con las albas guirnaldas de azahar los rojos ramilletes del granado cuyas ramas se entrelazaban, formando, cual dicen los árabes, un lecho de hadas. Tan oriental campiña más bien hablaba de amor que de muerte. Y sin embargo, al acercarse, como un mártir, el Adelantado para pelear entre tantos reclamos de la vida por su monarca y por su fe hasta la muerte, los dardos despedidos desde las fortalezas moras le cubrieron todo el cuerpo y le dejaron en tierra tendido y exánime, recibiendo así aquel bautismo de sangre, aquel martirio, por cuya virtud quedan las almas tan limpias como después del bautismo sacramental, y entran de un vuelo en el Empíreo, ni más ni menos que las almas de los niños más puras é inocentes. ¿No es verdad?

—Y bien habíamos menester tales ejemplos, pues

las mejillas se sonrojaban de vergüenza, cuando los ojos veían con asombro al postrer monarca, seguido de aquellos moros que habían degollado á los Abencerrajes cerca del Patio de los Leonès, paseándose por las vegas andaluzas en voluptuosa molicie, como, si en vez de aventuras belicosas, corriera cañas y lazos y sortijas en una zambra perpetua.

—Contádmelo á mí, que fui convocado por los Girones, los Toledos, y los Manriques, mis parientes, á una conjuración premeditada, con ánimo de castigar á quien así escarneía su corona. Se salvó el cuitado, y se puso en salvo, por haber huído de Jaen á Córdoba, y de Córdoba á Sevilla, y de Sevilla á Madrid, escapándose al furor de unos vasallos, corridos todos al ver tanta culpa en su monarca, y en ellos tanta ignominia.

—Justo. Y mientras crecían los árabes decrecíamos nosotros. Su odio más bien parecía mofa. Hacem, aunque todavía no le sombreaba en los labios el bozo, corría sobre sus caballos del desierto como sobre las resistentes alas de rápido aguilucho; y despreciando las sedas orientales, encerraba su cuerpo juvenil en armadura de hierro, damasquinada por hábiles artífices, y enrojecida por el sol de los combates. Así, al presentarse audaz en Granada, mi predecesor, Ayora, con lucida embajada, requiriendo el pago de antiguas atrasadas parias, contestáronle que dos años antes dieron hijos y damas; pero entonces, conocida la debilidad cas-



tellana, creíanse con fundada razón y sobrado motivo en aptitud bastante para no entregar á Castilla, ni en rehenes, ni en parias, prenda ninguna. Cobrámonos de tal insulto, con peleas bien reñidas y paces bien ajustadas. Pero, al poco tiempo, aquel valerosísimo Zúñiga, prelado de Jaen, más conocedor del estoque y del arcabúz que de báculos y cruces, acompañado por el conde de Castañeda, cayeron á una en cautiverio, tanto más doloroso, cuanto que movió la cólera de Hacem y le incitó á nuevas y más arriesgadas aventuras, en desdoro de nuestro valor y en mengua de nuestro territorio.

—No ha podido aún borraréme de la memoria el insulto inferido á nuestro noble oficio militar por aquella voluptuosa corte del impotente y desalmado Enrique. Paréceme ver aún la farsa, en que se maldecía de nuestros sacrificios, y se denostaba con falsificaciones de comedia los esfuerzos heroicos de nuestros incansables brazos. Hízose un alarde aparatoso y mentido, como en las funciones y fiestas de cómicos errantes. Unas damas de la corte representaron la caballería pesada, y otras la caballería ligera. Llevaban aquellas, sobre las tocas, plumajes; y estas, almaizares. ¡Ah! Le habían tomado al infiel sus gasas listadas de colores, cuyos rapacejos y grecas sobre las espaldas caían, para fingir mejor nuestras carrilleras y nuestros cascos. Vióse á la reina, vestida de tisú, montada en caballo ceñido por deslumbradoras gualdrapas, tirar á la fortaleza de Cambrill falsos ar-

pones en aquella ensayada comedia, más ficticia y menos real que las compuestas por nuestro Marqués de Santillana, en ornato de las letras y recreo de los ánimos. No hubo más heridas allí que las abiertas en los corazones de los cristianos rendidos por la gentileza y hermosura de las damas; ni más suspiros y ayes de batalla que los suspiros y los ayes de amor. Así las puertas de los castillos moros se abrieron y las fronteras de nuestro reino se franquearon por aquel entonces, no á huestes en armas, sino á embajadas de arreos deslumbradores, que llevaban para el rey monturas á la jineta indicándole que se divertiera eternamente, y para la reina menjuís, y estoraques y algaria indicándole que se compusiera y adobara como su flaca y decaída monarquía, más propia para las delirantes sensualidades del placer que para las saludables asperezas de la guerra.

—Pero, Solís, no hay que desesperar de Castilla. Si avivamos la memoria, caeremos con facilidad en la cuenta de que aún existen héroes como Rodrigo Ponce de León, á quien parece haber transmitido desde sus tumbas Fernán González y el Cid alientos y tizona. Cuando le veo caballero en su alazán, metido y forrado en hierro, con el cuento de su lanzón fijo en el pie derecho, y por el deslumbrador guantelete de hierro con vigoroso esfuerzo asido, el vigor de su rostro, picado por los hoyos de pasadas viruelas, me recuerda el genio vivo de las batallas y de las guerras. No le llaméis

á ese con el reclamo de las flautas y dulzainas acordadas para las alegres danzas; llamado con el estruendo levantado por los atabales unidos á los cañones; y le veréis surgir, de todas armas armado, relampagueantes los ojos, y cayéndole aquella colorada cabellera sobre los espaldares de acero, como manojos de rayos. No le recreéis con romances de amor, porque le gusta oír el relato de las vidas ilustres inmortalizadas por varones de guerra y en viejos pergaminos escritas. A los agoreros, que le presagien aventuras contenidas en imaginarios horóscopos, preferirá los matemáticos que le prueben cómo se aplican los cálculos á la guerra y cómo se trazan figuras geométricas en las campañas y en los campamentos. Diez y siete años tenía cuando ya suspiraba por las peleas y ya soñaba con rendir á la cruz ciudades sometidas por la cimitarra. Una tarde, sin que nadie lo viera, cuando su familia le creía entregado por los patios del castillo á los juegos de la pelota y de la barra, entróse airado en la feudal armería de sus mayores, ciñóse las armaduras abolladas aún por los fuertes cintarazos, y cogiendo inquieto caballo, cuyas narices se abrían al hedor de la sangre; y embrazando luciente rodela, en cuyo fondo brillaba alado león de áureas guedejas; salió á la plaza de Marchena, y convocó en torno suyo á cuantos quisieran pelear y morir en abierta guerra con la envalentonada morisma. El valor es de suyo contagioso. Las chispas lanzadas por los ojos del apuesto doncel y las vo-

ces de su garganta por los aires difundidas, inmediatamente suscitaron guerreros numerosos á imagen suya, por lo arriesgados y lo apuestos. Cien lo acompañaron, y con ellos se dirigió camino de Osuna, donde sabía que aparejaban defensas angustiosas sus habitantes amenazados por las oleadas morunas. Una defensa, no cuadraba, no, al ímpetu y al arrojo caballeresco de Rodrigo; quería combatir, pero acometiendo; y á este objeto dijo que los reunidos le siguieran al campo, donde se mezclaban ya las avanzadas granadinas con los centinelas cristianos en parciales y cruentos combates. Al ver los riesgos que corría tan gentil mancebo, á quien sus mocedades inspiraban olvido fácil de la muerte por el exceso de la vida, el viejo alcaide mayor de Osuna, le conjuró á permanecer en defensiva, y á no dejarse llevar de los ardores naturales á su temprana juventud. «Si no tengo barbas, exclamó el mancebo, tengo corazón,» y corrió al sitio donde relampagueaban los primeros amagos de la próxima lucha. Bien pronto pudo encararse con Hacem, al pie de un cerro conocido con el nombre de Madroño, y coronado por una fuerte atalaya, cuyos piés lamía el torrente de las Yeguas. Bien pronto la victoria se declaró por los nuestros. Los infieles, que arremetieron como tigres, huyeron como gacelas. Picóles D. Rodrigo la retaguardia, persiguiéndolos y acosándolos con furor. Mas, en estas, sintió que su adarga, cuyos aceros apartaba el maltrato recibido de la carrera y

de la lucha, se le desceñía del brazo, gastadas las correas; y desmontando para ceñirse y fijar defensa tan fuerte como aquella, vióse rodeado de moros, que se habían escondido á su valor en los jarales cercanos, y que se lanzaban sobre él, reanimados por los accidentales tropiezos del invencible adversario. Mas él, alentado como todos los guerreros por la inminencia y la grandeza misma del peligro, abandonó el caballo, soltó la enorme lanza, descuidó la fuerte adarga, y parando con el brazo izquierdo una cuchillada, que se le metió profundamente por venas y carne, asestó con el brazo derecho tales tajos á las cabezas de sus enemigos, que cercenándolas de un golpe, hízoles huir alborotados, y creyendo como aquel héroe disponía para su defensa de la guadaña que lleva y empuña la muerte. Así, al poco tiempo, en compañía del duque de Medina Sidonia, conquistó la plaza por donde Tarrík entrara para vencer en Guadalete, la plaza de Gibraltar.

—Pero ninguna conquista de tanto ímpetu como la conquista de Archidona,—dijo Solís después de oír el elocuente relato de Vera.

—Referidla, referidla, primo,—dijo Vera—para que cobren alientos los mozos, mis compañeros en esta empresa, y entiendan cuántos sacrificios ha costado á los suyos, á los héroes, que les precedieron y á los que todavía les acompañan hoy en vida, el vasto ensanche de nuestro territorio y la dilatación de nuestra fe.

—Si queréis—repuso el buen Solís,—contadla vos que me aventajáis en conocimiento y experiencia.

—No, vos habéis de ser,—dijo Vera con grandes encarecimientos al caballero Solís.

—Sea en buen hora, Vera. Estad atentos, jóvenes, que bien lo merece la historia.